

MATT KILLEEN

«Una intriga llena de tensión sobre la vida de una joven solitaria
en medio de un peligro inimaginable.»

Kirkus Review

HUÉRFANA MONSTRUO ESPÍA



HUÉRFANA, MONSTRUO, ESPÍA

MATT KILLEEN

Traducción de Enrique Alda

Rocaeditorial

Título original: *Orphan, Monster, Spy*

© 2018, Matt Killeen

Todos los derechos reservados.
Publicado en acuerdo con el editor original, Simon &
Schuster, Inc.

Primera edición: octubre de 2018

© de la traducción: 2018, Enrique Alda
© de esta edición: 2018, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

www.rocalibros.com

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788417305307

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos

HUÉRFANA, MONSTRUO, ESPÍA

Matt Killeen

SU NOMBRE ES SARAH. ES RUBIA, DE OJOS AZULES Y JUDÍA EN LA ALEMANIA DE 1939. Y SUS ACTOS DE RESISTENCIA ESTÁN A PUNTO DE HACER CAMBIAR LA HISTORIA.

Verano de 1939. Para los judíos, el momento adecuado para huir de Berlín ya ha pasado. Después de un desastroso intento para escapar de la ciudad que le ha costado la vida a su madre, Sarah, una chica de quince años, inteligente, atlética e impulsiva, se encuentra sola. Y sola deberá huir. Justo en el momento en que parece que nada puede ir a peor, Sarah se topa con un espía británico que le hace una oferta que no puede rechazar: si le ayuda con su misión, la sacará de Alemania.

Es entonces cuando a Sarah se le da una nueva identidad y se la envía a un internado para las hijas de los principales oficiales nazis. Su misión: hacerse amiga de Elsa Schäfer, la hija de un científico nuclear recluido, y descubrir todo lo que pueda sobre el laboratorio secreto de su propiedad.

Cuando finalmente la invitan a la finca de Elsa, Sarah descubre algo que podría cambiar el curso de la guerra y su propio destino para siempre.

ACERCA DEL AUTOR

Matt Killeen es licenciado en Escritura Creativa Juvenil por la Universidad Metropolitana de Mánchester. Ha trabajado durante décadas como creativo publicitario, periodista deportivo y musical y en la actualidad es escritor para LE-

GO® Company, donde ha creado novelas gráficas, historias, revistas y contenido *on line*. Actualmente vive en Surrey, en el sur de Londres. Esta es su primera novela.

@by_Matt_Killeen

ACERCA DE LA OBRA

«Killeen relata con una extraordinaria precisión el día a día de la crueldad de la Alemania nazi en este espectacular best seller.»

PAUL DOWSWELL

«De pronto me encontré completamente hipnotizado por el viaje de Sarah a un mundo lleno de seres humanos monstruosos. Huérfana, monstruo, espía es la historia de una heroína con valor y coraje a través de un espectro de oscuridad.»

RYAN GRAUDIN

«Un retrato poderoso repleto de tensión sobre la vida de una joven solitaria en medio de un peligro inimaginable.»

KIRKUS REVIEWS

1

28 DE AGOSTO DE 1939

Finalmente, el coche se detuvo. Sarah abrió los ojos, parpadeó y levantó la vista desde debajo del salpicadero, donde se había escondido. Su madre se había desplomado en el asiento del conductor y apoyaba la cabeza sobre el volante. Miraba a través de los radios hacia donde Sarah estaba agachada. Los ojos de su madre eran casi iguales que los suyos: amplios y bonitos. Tenía las pupilas tan grandes que Sarah casi se había visto reflejada en ellas en alguna ocasión. Pero en ese momento estaban apagadas. Su madre ya no estaba allí.

Sarah estiró la mano hacia ella, pero le goteó algo caliente y la retiró. Tenía la palma roja y los dedos blancos.

«*Lauf, dumme Schlampe!*»

Sarah oía esas palabras en su mente a pesar de que los labios de su madre no se movían. Tenía la nariz tapada y le dolían los ojos. El dolor desorientaba sus pensamientos como una espesa niebla. Volvió a oírlo: «*Lauf! ¡Corre!*». Volvió a mirar la cara de su madre en el momento en que su frente resbalaba por el volante. Sus ojos, aún abiertos, miraban el suelo. «*Lauf. Corre.*» Sarah se dio cuenta de que era su propia voz.

Movió la manecilla, pero la puerta no se abrió. Lo intentó de nuevo. Se abrió ligeramente, pero pesaba mucho, como si estuviera en una cuesta. La mano resbalaba debido a la sangre, por lo que se la limpió en el abrigo y probó de nuevo. Se ayudó con el hombro y al abrirla la fría luz de la

tarde inundó el automóvil. Se incorporó y salió. El Mercedes se había parado en una zanja, con el morro empotrado en la verja de un almacén.

Miró hacia el interior y vio lo que había hecho la bala en la nuca de su madre. Cerró la puerta y reprimió las náuseas, pero no sintió nada más. Todavía no.

El corazón le latía con fuerza, lo notaba en las orejas, y sintió el aire frío en la nariz. Le ardía el cuello. A su espalda los soldados del control estaban rodeando el lugar al que su madre y ella habían huido a toda velocidad antes del disparo. Oyó voces, gritos, pies que corrían en el asfalto. Unos perros empezaron a ladrar. Se acercaban. «¿Hacia dónde voy? ¿Qué hago ahora?»

«*Lauf.*»

Se abalanzó sobre el caliente capó y se deslizó por él hacia el agujero que había abierto el coche en la verja del almacén. Los cristales del destrozado parabrisas le cortaban las manos y las rodillas. Se metió en unos arbustos y se abrió camino a gatas sin preocuparse por las astillas, las espinas o los trozos de cristal.

«No mires atrás. Sigue hacia delante. No pienses en el dolor en las manos y las rodillas. *Lauf.*»

Cuando atravesó la verja dejó que la voz se descontrolara en su cabeza. ¿Era su voz? ¿La de su madre? Daba igual.

«Ahora ponte de pie. Así. *Lauf. Lauf.*»

Fue a toda velocidad hacia el callejón que había entre dos antiguos edificios y pisó el barro depositado por los desbordados desagües. Levantó la vista y vio los oxidados canalones en el borde de los tejados y las hojas que atascaban los sumideros. Estaban a dos metros de altura. Demasiado alto. Demasiado inestable. El claustrofóbico corredor se perdía en la distancia y los perros se acercaban.

«Sube ahí, *dumme Schlampe* (zorra estúpida).»

«¡No me digas eso!»

«Pues lo pareces. ¿Qué tipo de gimnasta eres?»

«Judía, no me permiten competir.»

«Si no haces nada, serás una gimnasta judía muerta. ¿Lozana? ¿Piadosa? ¿Alegre? ¿Libre?»

Sarah sonrió al recordar el viejo código de conducta. ¿Qué pensaría de una judía Jahn, el padre de la gimnasia: una desgracia para Alemania? Aceleró y se olvidó de la tensión que sentía en las pantorrillas, el dolor en la nuca y la posibilidad de resbalarse, sin dejar de repetirse: «*Frisch, fromm, fröhlich, frei* (lozana, piadosa, alegre, libre)», con la vista fija en los canalones. Se elevó, agarró uno limpiamente por ambos lados y se balanceó hacia arriba y a la derecha mientras el metal crujía y se quejaba. Aterrizó en un techo de chapa ondulada, se deslizó ligeramente y frenó al borde del tejado.

«A ver si lo superas, Trudi Meyer. Ahora, tu medalla de oro es mía, *danke*.»

Permaneció inmóvil y miró hacia el vasto y oscurecido cielo plateado mientras la sensación de triunfo se desvanecía lentamente como las luces hacia el oeste. Notó frío en el estómago. Si no conseguía calmar la respiración, la oírían. Pensó en la última mirada que había echado hacia el Mercedes y después se deshizo del recuerdo. Lo metió en una caja especial y cerró la tapa. Miró hacia el vacío y prestó atención.

Oyó a los perros por encima del pálpito de su pecho. Los gritos se acercaban. Después sonaron pasos amortiguados; un soldado recorría el callejón. El ruido era demasiado impreciso como para adivinar lo lejos que estaba y su respiración se oía mucho, demasiado. Contó dos segundos, inspiró con fuerza y cerró la boca. Se dio cuenta de que solo distinguía una estrella donde el cielo estaba más oscuro. También notó que no podía respirar por la nariz, lo único que consiguió hacer fue mantener apretados los labios.

Pisadas, justo debajo de donde estaba.

Una estrella. O un planeta. ¿Era Venus? Los pasos se detuvieron. Planeta. Estrella.

Se oyeron movimientos, el sonido de algo que arañaba los ladrillos. El canalón crujió. Su pecho empezó a palpar y

aumentó la presión. Oyó una respiración pesada y unas botas contra la pared. Más dolor, más presión, el impulso de ponerse de pie y salir corriendo. Volvió lentamente la cabeza y vio unos gruesos y sucios dedos agarrados al canalón. Comenzó a gritar en su cabeza. Quería abrir la boca y dejar escapar los gritos. Intensamente.

En ese momento se oyó un ruido seco, un desgarrón y un chillido. El canalón, los sucios dedos y la pesada respiración desaparecieron con un estruendo gradual. Juramentos. Gritos. Silbidos. Risas. Pasos que se alejaban. Silencio. Ladridos distantes.

Abrió la boca y dejó que el aliento saliera a raudales de los pulmones. Inspiró el aire fresco. Sus hombros subieron y bajaron una y otra vez, no conseguía detenerlos. Empezó a sollozar silenciosamente.

Sarah era buena jugando al escondite. En tiempos mejores, cuando todavía jugaba con otros niños, siempre era la última que encontraban, mucho después de que todos se hubieran cansado de buscarla.

Permaneció tumbada viendo cómo aparecían y brillaban las estrellas, escuchando los sonidos del muelle. Seguía oyendo a los perros, los soldados y los gritos, lejos, pero siempre presentes, como los niños que recorrían toda la casa en su busca.

«¿Te vas a quedar ahí?», le recriminó la voz.

«Estoy esperando a que anochezca.»

«No, simplemente no sabes qué hacer», se jactó la voz.

Volvió la cabeza. Distinguió una grúa y la chimenea de un barco. Al fondo, el inmenso lago, el Constanza, desaparecía en la noche que empezaba a cernirse. Hacia el otro lado, los tejados de Friedrichshafen se extendían a sus pies y nadie podía verla desde las distantes agujas de las iglesias. Debajo, un destartelado almacén la miraba con sus abandonados ojos, oscuro y desierto. Seguro. De momento era un lugar tan bueno como cualquiera para esconderse.

«¿Y después qué? ¿Una judía sin documentación ni dinero varada en un puerto alemán?»

Decidió no prestarse atención. O a su madre, o a quienquiera que fuera. No tenía futuro, solo presente. Su madre la había llevado allí en coche, con lo que seguramente su plan era cruzar el Constanza en ferri o en un barco privado hasta Suiza y la libertad, lejos de las palizas, el hambre y el maltrato. Pero todo había desaparecido. Eso si realmente tenía algún plan. Hacía muchos años que su madre carecía de ese nivel de organización. No era de extrañar que todo hubiera acabado en un desastre, en su muerte...

Borró ese pensamiento y lo metió en la caja. Todavía lo sentía en carne viva, como el dolor en la nariz.

Esa caja especial en lo más hondo de su ser había comenzado siendo muy pequeña, como un estuche en el que su madre guardaría las joyas. En los seis años anteriores, desde que los nacionalsocialistas habían llegado al poder, apenas había experimentado momentos de miedo o de enfado, por lo que había metido en ella todas las humillaciones e injusticias. Así era como se libraba del terror y la rabia. Pero en ese momento la caja era como un baúl de viaje, con el barniz lleno de ampollas e hinchado, la madera envejecida y el latón deslustrado. El contenido rebosaba bajo la tapa y se derramaba. Peor aún, había empezado a imaginar que la caja era ella, con todo lo que había en su interior, todo lo que había escondido, libre para salpicarle por dentro, listo para tomar forma y devorarla viva.

Y

El corazón volvió a latirle con fuerza. Para calmarse imaginó que estaba jugando al escondite. Estaba en lo más profundo de un armario bajo las estrellas, tapada por un abrigo que colgaba de una percha, con la puerta abierta para que los otros niños echaran una rápida y somera mirada. Invisible, a la espera, invulnerable. El cansancio aprovechó el momento y la rodeó con sus brazos. Mientras oscurecía, en las mohosas ondulaciones metálicas, se durmió.

Camina junto a su padre. Era alto, pero ahora le parece gigantesco. Ella debe de ser muy pequeña. Recorre con la vista la manga de su abrigo rojo hasta llegar a la enorme mano que agarra la suya. El terreno por el que caminan parece blando y el brillo del sol, demasiado intenso para mirarlo, inunda con un resplandor dorado todo lo que les rodea.

—¿Lo ves Sarahchen?

—¿Qué, papá?

El padre se ríe y se detiene para alzarla. A ella le parece un largo ascenso, pero se siente segura, sujeta por unos brazos que parecen troncos de árbol.

—¿Lo ves ahora?

Entrecierra los ojos y mira hacia el deslumbrante cielo. Cegada ligeramente, ha de hacer visera con una mano. Empieza a oírse un ligero murmullo.

—¿Qué es eso?

El padre vuelve a reírse.

—Espera y verás.

El volumen del ruido aumenta y los zumbidos se superponen como los de una colmena, como el sonido de millones de insectos.

—Tengo miedo, papá.

—No te asustes.

El zumbido se convierte en un palpito en su pecho. Se aferra a la chaqueta negra de su padre por miedo o emoción, sin saber qué la atenaza. Entonces lo ve.

Enorme, plateado, brillante por la luz del sol, tapando todo el cielo, más grande que lo más grande que haya visto jamás. Bajo su sombra los niños corren, señalan, ondean cintas. Levanta la cabeza y ve un puro gigante ondulado que oculta el sol y retumba por encima de su cabeza.

Sonríe y después se ríe. Mira a su padre a los ojos y él le devuelve la mirada. Él empieza a reírse también. Todo el mundo se ríe.

Abrió los ojos. De repente recordó dónde estaba y se dio cuenta de lo que estaba pasando. Había salido la luna y todo estaba iluminado con una escarcha de luz plateada. El techo de chapa vibraba y la nariz de un zepelín asomó por encima de su cabeza. No tenía dónde esconderse. Se quedó donde estaba y dejó que pasara el enorme aparato volador, una joven judía en un tejado, un brillante contorno a pocos metros de las miradas indiscretas.

«No te buscan a ti, están ocupados en otros asuntos. Pueden verte, pero no les importas en absoluto, porque no te están buscando. Solo eres un abrigo en el armario.»

Estaba lo suficientemente cerca como para ver las ventanas del zepelín y una tenue luz en su interior. Se fijó en las toscas reparaciones, en el nombre escondido bajo el apresuradamente repintado barniz y unos rayos de luz amarilla que se extendían por la curva del globo desde la ventana de la cabina de mandos. Se agarró a su vibrante cama. «Soy un abrigo», se repitió mientras se deslizaba por encima de ella.

Había ventanas a lo largo de toda la barquilla de observación y la luz eléctrica era casi cegadora. En el interior hacían guardia dos personas. Era imposible que no la vieran y, sin embargo, permanecieron inmóviles conforme se alejaban. El volumen del zumbido aumentó hasta que las turbinas resonaron a lo lejos sujetas a sus alargados soportes y las hélices se volvieron borrosas. La estructura empezó a hacerse más pequeña, pero a su paso dejó ver sus anchas aletas. Estaban pintadas de negro, con esvásticas dentro de un círculo blanco, un lobo enfundado en un disfraz toscamente confeccionado con lana de cordero, que no engañaba a nadie.

Finalmente la aeronave se alejó y dejó escapar un suspiro. Era como si los niños hubieran abierto la puerta del armario y no hubieran visto nada fuera de lo normal. Se incorporó y los músculos de las piernas y la espalda protestaron. El zumbido de enjambre de abejas disminuyó conforme se alejaba el zepelín y el tejado dejó de moverse. Cuando pa-

só por encima del almacén abandonado distinguió una figura en la techumbre plana del edificio, visible a la luz de la luna. Alguien observaba el zepelín con unos binoculares, como si estuviera estudiando un ave poco común.

Vio cómo seguía la curva del aparato hasta que llegó a la cola. Vestía de negro y se perfilaba contra la brillante oscuridad del cielo, apenas visible, pero absolutamente presente. Estaba tan curiosamente desorientada que no se movió ni cuando bajó los binoculares y miró la estela del zepelín. ¿Por qué estaba allí? La aeronave debía de estar ya a tres kilómetros.

Aquella persona se llevó de nuevo los binoculares a la cara. Algo le punzó en el estómago y contuvo el aliento.

No era invisible y la estaba mirando directamente a ella.

El hombre bajó los binoculares lentamente y, al cabo de un segundo, la saludó con la mano.

«¡Vete, corre!», se gritó al tiempo que reaccionaba y rodaba hacia el borde del tejado para saltar. A cubierto de la luz de la luna, el suelo estaba oscuro y solo se veían dos diminutas ventanas plateadas a ambos extremos del callejón. En uno de ellos, el gran almacén con el hombre de los binoculares y, a su izquierda, por donde había llegado, la valla, la zanja y el coche. Se incorporó, movió las entumecidas piernas hacia delante y tocó con los dedos las paredes de ladrillo a los dos lados para mantener el equilibrio. Además de la leve molestia que sentía en la cara empezó a notar un creciente e intenso dolor en la cabeza. Estaba desesperadamente sedienta. Se pasó la lengua por los labios. Los tenía partidos y agrietados. La lengua hacía el mismo ruido que la de un gato, áspero y seco. Hacía más de un día que no bebía nada. Su madre no había querido parar durante el trayecto desde Viena, a pesar de no llevar nada para comer o beber. Habían hecho unos aterradores seiscientos treinta kilómetros bajo la atenta mirada de la patria, a través de la cuna del nacionalsocialismo. Parecía increíble que hubieran llegado tan lejos.

En el puerto, a su izquierda, apenas había luz, pero parecía pequeño, no era enorme y anodino como había imaginado. Fue directamente hacia el laberinto de calles que tenía delante.

«Sigue andando.»

«¿Hacia dónde?»

«Siempre con los porqués y los dónde. Concéntrate. Es como imitar un acento, como una tabla de gimnasia, una pieza para piano. Fija tu mente en lo que tienes entre manos.»

«Estoy cansada. No sé qué hacer.»

«¿Te vas a echar a llorar como si fueras una niña?»

«No.»

«Claro que no. ¿Te eduqué yo sola para que te dieras por vencida?»

Ahogó un sollozo. ¿Había estado oyendo la voz de su madre todo ese tiempo? «Oh, *Mutti* —murmuró—. Oh, *Mutti*.»

«¡Déjalo ya!»

«No puedo. Lo que vi en el coche... Es demasiado.»

«¡No, basta!»

Se detuvo en seco. Por encima del ruido distante oyó agua que caía.

Siguió el sonido hasta una vieja y descascarillada puerta. Estaba entreabierta y dejaba ver un oscuro interior. Necesitó utilizar el hombro y cuando logró abrirla del todo notó olor a amoníaco y a cloaca. Dio un vacilante paso hacia dentro, pero la oscuridad era absoluta. Cerró los ojos para mejorar la visión nocturna y utilizando la viscosa pared como guía entró en la habitación en dirección al agua. Abrió los ojos, pero no consiguió distinguir nada. Aquel lugar no podía ser muy grande, pero le pareció una caverna o la boca gigante de una bestia apestosa. «La oscuridad es tu amiga —pensó—. Unos grandes brazos que te ocultan. Me gusta la oscuridad.»

Sus dedos tropezaron con algo que se movía. Quiso retirar la mano, pero se contuvo y siguió adelante. Tocó aquella cosa, pero desapareció una vez más. Esperó y volvió a ella. Era una delgada cadena con un nudo en un extremo, el otro desaparecía en las alturas. Agarró el nudo y tiró hacia abajo.

Se oyó un chasquido y después apareció una luz tan intensa que Sarah perdió el equilibrio. Estaba en un sórdido cuarto de baño con un váter roto en un rincón, detrás de un tabique de madera podrida. Había un gran abrevadero a lo largo de la pared más lejana a la altura del suelo. Todo estaba sucio, pero a su lado había un grifo oxidado por el que caía agua marrón hacia un largo y bajo lavabo.

Agarró el borde del lavabo, puso la boca bajo el grifo y lo abrió del todo. El líquido que caía estaba templado y sabía a óxido, pero era húmedo y no dejaba de salir. Tragó y tragó sin que le importara la sensación de asfixia cuando el agua le subía por la nariz. Al cabo de un minuto paró y se apartó ligeramente para que el agua le corriera por la mejilla y volviera a dar vida a su cuerpo.

—Vaya, la chica del tejado.

Era una voz masculina. Se quedó paralizada. «*Dumme Schlampe!* Has dejado la puerta abierta.» El hombre estaba entre ella y la salida. No tenía dónde ir ni podía hacer nada. Aquella impotencia alivió la tensión que sentía en los hombros. De repente se sintió extrañamente calmada y ligera. Tan ligera que notó que se elevaba por encima de un mar de pánico. Soltó un gruñido afirmativo y se inclinó para volver a beber intentando no pensar qué pasaría en las siguientes horas.